

tas ideas el espectro ensangrentado del Comendador; los segundos, en la plena posesión de su dignidad de hombres, verían aparecer ante su imaginación deslumbrada la figura gloriosa de Peribáñez, como la augusta personificación de la justicia. De entonces acá, ese tema de altísima trascendencia social ha sido tratado por muchos dramaturgos, constituídos en defensores de las clases oprimidas contra los brutales abusos de la riqueza y del poder; pero no todos han acertado á interpretar el sano y fecundo pensamiento de Lope, quedando satisfechos con el triunfo de la venganza brutal en que naufraga y desaparece la santa reivindicación del derecho humano.

X

Pero ¿qué sucederá cuando ya no se trata de la injuria individual y privada, en que la víctima del trato vejatorio llega al colmo de la exasperación, y se hace justicia por su propia mano; sino que el daño causado por un pésimo gobernante trasciende á la sociedad entera, siendo ésta la presa desdichada de quien se goza en conculcar todas las leyes, en herir todos los derechos, guiado únicamente por el impulso de sus perversos instintos? ¿Podrá extenderse al conjunto el acto que se legitima en el particular, poniendo en manos de todos el castigo del injusto opresor? Cuestión es esta gravísima, que se concreta en lo que se ha llamado derecho de insurrección, y que

los pueblos se encargan de resolver por sí mismos, llegado el caso, como la historia lo muestra con abundantes é instructivos ejemplos. No es por lo demás ocioso ver lo que sobre ello se pensaba en los tiempos de Lope desde el punto abstracto de la especulación filosófica, sin que haya mucho que andar para encontrar bien expuesta y definida cuestión tan importante.

Nadie que sepamos, planteó y resolvió el problema con el vigor é independencia que lo hizo el célebre Mariana en su tratado: *Del rey y de la institución real*. Fundando el principio de la autoridad suprema en la voluntad de los pueblos, distingue al que se apodera por la fuerza del gobierno político, y al que lo obtiene en virtud de la ley: en el primer caso, es lícito despojar al usurpador por medio de la misma fuerza; en el segundo caso, hay que diferenciar al buen gobernante, del tirano, concretándose respecto de este último el punto del debate. Los que consideran la gravedad y trascendencia de los males públicos que produce una guerra civil, aconsejan la paciencia y resignación de los ciudadanos, en espera de que el mal gobernante cambie de conducta, ó de que el solo trascurso del tiempo ponga término á su inicua dominación; mas en contra de aquellos, calificados de «defensores de la tiranía,» establece Mariana el derecho de los pueblos para alzarse en armas, apurados que sean los medios pacíficos en contra de su injusto opresor, y llega por este camino al último extremo, aplaudiendo y glorificando al que

por autoridad propia quita la vida al enemigo de la patria.

No es aquí lugar de discutir esta teoría de que su mismo autor parecía no estar enteramente seguro, cuando asentaba con filosófica franqueza: «Sobre todo lo que he dicho en estos libros, nunca me atreveré á asegurar que sea más verdadera mi opinión que la contraria. No sólo, pues, puede parecerme á mí una cosa y á otros otra, sino que aun yo mismo puedo ver hoy de un modo lo que ayer ví de otro muy distinto; y no quisiera ser terco, no digo ya en estas cuestiones que están al alcance del vulgo, pero ni aun en las más sutiles y más arduas.»

Lope no se arredra ante lo espinoso del asunto, y si no como argumento, sí como ejemplo que cabe perfectamente en la teoría del docto jesuita, ofrece un cuadro histórico de vivísimo colorido, en que figura encarnado en el Comendador Fernán Gómez de Guzmán el odioso tipo del tirano, que dando oídos solamente á sus desenfrenadas pasiones, hace pesar un férreo yugo sobre sus vasallos de *Fuente Ovejuna*, nombre que lleva el drama. Sin ningún sentimiento de decencia que modere los impulsos de una monstruosa lascivia, el Comendador procede con el más repugnante cinismo en sus correrías salvajes contra el sexo débil. El no distingue condición ni estado; la soltera, la casada, la hija de un hidalgo ó la humilde labriega, todas son medidas por el mismo rasero, todas son puestas en la misma categoría de simples instrumentos de placer, de objetos des-

tinados á la pasajera satisfacción de impulsos brutales. Aquí no se ve la refinada astucia del seductor corrompido para rendir á la víctima; el Comendador estimaría indigno de su alta jerarquía el paliar siquiera con un barniz de cariño ó de simple miramiento los impulsos animales que dominan su naturaleza; él no pierde el tiempo en galanteos de tenorio, muestra sin rodeos sus torpes propósitos, sin conocer otro medio para realizarlos que la violencia encomendada á los viles ejecutores de sus caprichos.

Laurencia, una de las muchas jóvenes perseguidas por el Comendador, se encuentra un día en el campo, con Frondoso que la amaba de veras y que tiene el gusto de oír algunas palabras favorables á sus tiernas instancias; pero ese dulce coloquio es interrumpido por Fernán Gómez, que corre en persecución de un corzo, y Laurencia insta á Frondoso á que se esconda tras unas ramas. Al verla el Comendador inicia el diálogo en estos términos:

No es malo venir siguiendo
Un corcillo temeroso
Y topar tan bella gama.

LAURENCIA.

Aquí descansaba un poco
De haber lavado unos paños;
Y así, al arroyo me torno,
Si manda su señoría.

COMENDADOR.

Aquesos desdeños toscos
Afrentan, bella Laurencia,

Las gracias que el poderoso
Cielo te dió, de tal suerte,
Que vienes á ser un monstruo.
Mas si otras veces pudiste
Huir mi ruego amoroso,
Agora no quiere el campo,
Amigo secreto y solo;
Que tú sola no has de ser
Tan soberbia, que tu rostro
Huyas al señor que tienes,
Teniéndome á mí en tan poco.
¿No se rindió Sebastiana,
Mujer de Pedro Redondo,
Con ser casados entrambos,
Y la de Martín del Pozo,
Habiendo apenas pasado
Dos días del desposorio?

LAURENCIA.

Estas, señor, ya tenían
De haber andado con otros,
El camino de agradaos;
Porque también muchos mozos
Merecieron sus favores.
Id con Dios tras vuestro corzo,
Que á no veros con la cruz,
Os tuviera por demonio,
Pues tanto me perseguís.

COMENDADOR.

¡Qué estilo tan enfadoso!
Pongo la ballesta en tierra,
.....
Y á la práctica de manos
Reduzgo melindres.

LAURENCIA.

¡Cómo!
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

COMENDADOR.

No te defiendas.

FRONDOSO (*Ap.*)

Si tomo
La ballesta, ¡vive el cielo
Que no la pongo en el hombro!

(*Cógela*)

COMENDADOR.

Acaba; ríndete.

LAURENCIA.

¡Cielos,
Ayudadme agora!

COMENDADOR.

Solos
Estamos, no tengas miedo.

FRONDOSO.

Comendador generoso,
Dejad la moza, ó creed
Que de mi agravio y enojo
Será blanco vuestro pecho,
Aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR.

¡Perro, villano!

FRONDOSO.

No hay perro. . .
Huye, Laurencia.

LAURENCIA.

Fronoso,
Mira lo que haces.

FRONDOSO.

Vete.

Sigue una corta escena en que el Comendador manda á Fronoso que le entregue la ballesta; á lo que éste se niega, pues bien sabe que va su vida de por medio y huye con ella.

En la plaza aparece un grupo que se ha formado sucesivamente por el alcalde (Esteban), un regidor, Leonelo y otros vecinos. Llega el Comendador, acompañado de sus inseparables criados Ortuño y Flores, y después de algunas frases de introducción le pregunta Esteban:

¿Vió vuesañoría el galgo?

COMENDADOR.

Alcalde, espantados vienen
Esos criados de ver
Tan notable ligereza.

ESTEBAN.

Es una extremada pieza,
Pardiez que puede correr

Al lado de un delincuente
O de un cobarde en quisión.

COMENDADOR.

Quisiera en esta ocasión
Que le echarais diligente
A una liebre que por pies
Por momentos se me va.

ESTEBAN.

Si haré, por Dios. ¿Dónde está?

COMENDADOR.

Allá vuestra hija es.

ESTEBAN.

¡Mi hija!

COMENDADOR.

Sí.

ESTEBAN.

Pues ¿es buena
Para alcanzada de vos?

COMENDADOR.

Reñidla, Alcalde, por Dios.

ESTEBAN.

¿Cómo?

COMENDADOR.

Ha dado en darme pena.
Mujer hay, y principal,
De alguno que está en la plaza,
Que dió á la primera traza,
Traza de verme.

ESTEBAN.

Hizo mal;
Y vos, señor, no andáis bien
En hablar tan libremente.

COMENDADOR.

¡Oh, qué villano elocuente!
¡Ah Flores! haz que le den
La *Política*, en que lea,
De Aristóteles.

ESTEBAN.

Señor,
Debajo de vuestro honor
Vivir el pueblo desea.
Mirad que en Fuente Ovejuna,
Hay gente muy principal.

LEONELO.

¿Vióse desvergüenza igual?

COMENDADOR.

Pues ¡he dicho cosa alguna
De que os pese, Regidor?

REGIDOR.

Lo que decís es injusto.
No lo digáis; que no es justo
Que nos quitéis el honor.

COMENDADOR.

¡Vosotros honor tenéis?
¡Qué freiles de Calatrava!

REGIDOR.

Alguno acaso se alaba
De la cruz que le ponéis,
Que no es de sangre tan limpia.

COMENDADOR.

Y ¿ensúciola yo juntando
La mía á la vuestra?

REGIDOR.

Quando
Es mal, más tiñe que alimpia.

COMENDADOR.

De cualquier modo que sea,
Vuestras mujeres se honran.

ESTEBAN.

Esas palabras deshonran;
Las obras no hay quien las crea.

COMENDADOR.

¡Qué cansado villanaje!
¡Ah! Bien hayan las ciudades,
Que á hombres de calidades
No hay quien sus gustos ataje;
Allá se precian casados
Que visiten sus mujeres.

ESTEBAN.

No harán; que con esto quieres
Que vivamos descuidados.

En las ciudades hay Dios,
Y más presto quien castiga.

COMENDADOR.

Levantaos de aquí.

ESTEBAN.

¿Que diga
Lo que escucháis por los dos?

COMENDADOR.

Salid de la plaza luego;
No quede ninguno aquí.

ESTEBAN.

Ya nos vamos.

COMENDADOR.

Pues no ansí.

FLORES.

Que te reportes te ruego.

COMENDADOR.

Querrían hacer corrillo
Los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO.

Ten un poco de paciencia.

COMENDADOR.

De tanta me maravillo.
Cada uno de por sí
Se vayan hasta sus casas.

LEONELO.

¡Cielo! ¿que por esto pasas?

ESTEBAN.

Ya yo me voy por aquí.

En esta escena, hábilmente desarrollada, se ve hasta dónde podía llegar la corrupción de aquel odioso personaje, que engreído con su poder, infatuado con la superioridad en que la suerte ciega le había colocado, no sólo se atrevía á pisotear todo principio de razón y de justicia, sino que se complacía en agregar el escarnio, la burla sangrienta al ultraje arrojado sobre todo un pueblo. Con esos arranques de grosero cinismo forman noble contraste las respuestas firmes, inspiradas por el hondo y bien arraigado sentimiento de la dignidad personal, de aquellos vecinos humildes pero honrados, que sin descomedirse en la forma aplastan las estúpidas fanfarronadas de su despreciable tiranuelo.

Al quedarse solos, tratan los criados de calmar la irritación de su amo, quien después de algunas bravatas contra los pobres habitantes de Fuenteovejuna, vuelve al tema de las aventuras que ocupan todo su pensamiento.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Pascuala?

FLORES.

Responde
Que anda agora por casarse.

COMENDADOR.

¿Hasta allá quiere fiarse?

FLORES.

En fin, te remite donde
Te pagará de contado.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO.

Una graciosa
Respuesta.

COMENDADOR.

Es moza briosa.
¿Cómo?

ORTUÑO.

Que su desposado
Anda tras ella estos días
Celoso de mis recados,
Y de que con tus criados
A visitalla venías;
Pero que si se descuida,
Entrarás como primero.

COMENDADOR.

¡Bueno, á fe de caballero!
Pero el villanejo cuida.....

ORTUÑO.

Cuida y anda por los aires.

COMENDADOR.

¿Qué hay de Inés?

FLORES.

¿Cuál?

COMENDADOR.

La de Antón.

FLORES.

Para cualquiera ocasión
Te ha ofrecido sus donaires.
Habléla por el corral,
Por donde has de entrar si quieres.

COMENDADOR.

A las fáciles mujeres
Quiero bien y pago mal.

Un lance todavía más repugnante viene poco después. Jacinta sale huyendo de los criados del Comendador, y Mengo se apresta á defenderla con una honda; pero en esos momentos aparece el tirano, que en vez de ablandarse con los ruegos de sus víctimas, ordena que á Mengo lo amarren á un árbol y lo azo-ten «hasta que salten los hierros de las correas» y que Jacinta sea entregada al bagaje del ejército.

Pero aún hay algo más que viene á poner el colmo á las desenfrenadas tropelías de Fernán Gómez. Alegrementemente se celebraba la boda de Frondoso y Laurencia, haciendo parte de la reunión Mengo, Pas-